KATERI TEKAWITHA

En la tribu de los indios iroqueses, de feroces costumbres, no ajena al canibalismo, que habitaba en el actual Estado de New York y Sur del Canadá, tuvo origen una milagrosa flor de bondad y gracia, Catalina, o Kateri en lengua indígena, elevada al honor de los altares en junio de 1980.

Nació en 1656. Su padre era un guerrero iroqués, que en una correría contra las tribus vecinas, había hecho esclava a una mujer algonquina, cristiana, con la que se casó en seguida. De tal unión nació esta graciosa niña. Tenía cuatro años cuando una epidemia de viruela la dejó huérfana. También ella sufrió la enfermedad, habiéndole quedado algunas señales en su rostro. Confiada a una anciana, creció inteligente y amable. De su madre había recibido alguna instrucción religiosa. Sus ocupaciones fueron las de las mujeres iroquesas: tejer, trabajar pieles cortezas de árbol, cuidar de los quehaceres de la choza.

En esa época habían llegado a los pueblos iroqueses algunos Misioneros Jesuítas para tratar de apaciguarlos. El primero que vio a esta jovencita india, comprendió en seguida que se trataba de un alma extraordinaria. En la Pascua de 1676 la bautizó. Su vida de íntima unión con Dios, de oración y penitencia, estaba en abierto contraste con las costumbres de su tribu; no obstante, la joven de 20 años supo mantener vivo su ideal de santidad, como una flor entre espinas, o mejor quizás, como un angel entre fieras. Una tribu que devoraba el hígado de los enemigos muertos, desollaba a los prisioneros y torturaba terriblemente a los Misioneros, no estaba preparada para recibir el cristianismo y ni siquiera para tener entre ellos a una joven cristiana decidida a vivir solamente para el Señor. La molestaban contínuamente, la ridiculizaban de todas las maneras posibles y llegaron a acusarla de inmoralidad e infamia. Por eso los Misioneros decidieron que había que llevarla a otro sitio. No lejos de Montreal había una floreciente Misión. Se le preparó la fuga y en otoño de 1677, viajando en canoa por los ríos y los lagos, o a pie por las selvas, llegó a Sault St. Louis. Allí encontró algunas mujeres que habían conocido a su madre y fue confiada a los cuidados de una parienta suya, cristiana, que resultó muy hábil

para procurarle toda clase de molestías. No obstante, Kateri conprendió en seguida que había llegado al ambiente ideal para su vida de piedad. Quien la buscaba, la encontraba o en el trabajo en su choza o absorta en la oración en la Iglesia de la Misión. Varios Misioneros, Sacerdotes Jesuitas, la guiaron en su vida espiritual. Aunque la vida de esta joven discurre en la simplicidad y el silencio, sin aventuras sensacionales, Kateri fue para ellos objeto de sumo respeto, de admiración y de maravilla. En la Navidad de ese mismo año 1677 la admitieron a la Primera Comunión.

En los inviernos tenía que salir con los demás indios a las selvas para el período de cacería. Por la vida disipada que a veces llevaban los indígenas, y por tanto, por el peligro para su virtud, Kateri no sentía agrado por estas cacerías. Ella levantaba su tienda aparte, ponía una cruz rústica entre los árboles y allí se entretenía en oración y meditación el tiempo que le dejaba libre el trabajo. Cuando volvían al pueblo, al fin del invierno, se sentía feliz al encontrarse con los Misioneros, con la Iglesita de sus largas oraciones, con las conmovedoras ceremonias de la Semana Santa y la preparación para la Pascua.

A las propuestas de matrimonio y a las insidias que tendieron a su virtud, respondió con el voto de perpetua virginidad, debidamente aconsejada por su director espiritual. Una decisión heroica, y al mismo tiempo absurda para la pobrísima mentalidad de su gente. Ahora era ya más del cielo que de la tierra. Debilitada por sus austeridades y penitencias, entregó su purísima alma al Creador el 17 de abril de 1680, a los 24 años de edad.

Entre su misma gente, que no había entendido el secreto de su vida espiritual y de su santidad, se esparció la noticia de su muerte en estos términos' "Ha muerto la Santa".

Su tumba en Caughnawaga, cerca de Quebec en el Canadá, es visitada contínuamente por los descendientes de los indios hurones e iroqueses, que acuden a su intercesión para pedirle favores en sus necesidades y depositar flores en su tumba. Su fiesta se celebra el 17 de abril.

ORACION.– Oh Dios, que entre los muchos prodigios de tu gracia en el nuevo mundo, hiciste florecer, como un puro y delicado lirio, a Kateri Tekakwitha en las riberas de los ríos Mohawk y San Lorenzo, concédenos lo que imploramos por medio de su intercesión, para que esta pequeña enamorada de Jesús y de su cruz sea pronto elevada a la plenitud del honor de los altares por la Santa Madre Iglesia, y nos anime, cada vez más, a imitar su inocencia y su fe. Te lo pedimos por el mismo Cristo Nuestro Señor .– Amén.

(los favores obtenidos por su intercesión y los donativos para su canonización, pueden enviarse a la siguientes direcciones: KATERI, C.P. 70, Caughnawaga, Qué. JOL 1 BO, CANADA, o al Apartado 266 en Quito.